

Por Emiliano Gil Blanco  
([egilb@usfq.edu.ec](mailto:egilb@usfq.edu.ec))

# ¿Cómo puedo ayudar a que a un niño le guste la lectura?



Recuerdo que mi padre era un lector voraz... de novelas baratas del “salvaje oeste”. Oh, my God!, pensarán ustedes. Aun así era su lectura favorita y me sirvió para abrirme paso en la lectura. Comencé a leer sus novelas y luego a cambiarlas por cómics de Marvel. Mi padre se dio cuenta de ello. Aunque no me lo dijo en ese momento, empezó a comprarme libros: primero de literatura juvenil y luego de clásica. En casa entraron Hergé, Uderzo, Ibáñez, Salgari, Verne, Orwell, Goethe, Asturias, García Márquez, Góngora, Quevedo, Lope, Calderón... y mi apreciado Baroja. Es así como me hice un lector compulsivo.

Podemos entrar en el tópico de

que leer libros es viajar en el tiempo y en el espacio para conocer otras culturas, otras formas de pensar, amar, odiar, reír, compartir historias... Pero, ¿cómo podemos enseñar que los niños, nuestros hijos, lo hagan?

Como padres, les hemos dedicado tiempo desde su infancia a leerles en voz alta cuentos e historias, incluso las hemos inventado. Es una de las mejores formas para

*Como padres, hemos dedicado tiempo desde su infancia a leerles en voz alta cuentos e historias, incluso las hemos inventado. Es una de las mejores formas de enseñar a leer.*

enseñar a leer y, lo que es mucho más importante, comunicarnos con ellos. Intentamos que sea una actividad divertida para ambos. ¡Cuántas veces nos hemos quedado dormidos en sus camas en ese proceso de lectura nocturna! Fue por el entusiasmo que nos pusimos a leer el libro, y vimos cómo disfrutaron con nuestra lectura. Lo más importante para recordar es que hay que dejar que ellos sigan su propio camino lector y se diviertan con lo que estén haciendo.

Para mejorar y hacer más entendible la lectura, pasábamos el dedo por las líneas, por las palabras, para dar a conocer que ellas forman la historia que les estábamos contando. Lográbamos obtener su atención con voces y sonidos diversos y divertidos. ¡Incluso actuábamos! ¡Qué bien lo pasábamos y veíamos en sus caras reflejado su/nuestro entusiasmo! Imagen tras imagen, compartíamos su significado y su historia, incluso la inventábamos para hacerles llegar una idea, para enseñarles o explicarles una situación vivida ese día.

Repetíamos las palabras, las frases, las historias de una forma participativa, con el fin de que se quedasen con lo que en ese momento contaba el libro, o para hacerles saber que esas situaciones son las que ellos habían vivido o podrían vivir. Respondíamos a todas sus preguntas, pensamientos o experiencias que les habían pasado, buscando las palabras adecuadas y el sentido idóneo para que en-

tendiesen mejor nuestras explicaciones.

Empezaron la escuela y aprendieron a leer otros libros, otras historias. Aun así, seguíamos leyéndoles o ellos pusieron su ilusión en hacerlo a nosotros. La lectura en voz alta les da confianza en su capacidad lectora y es una forma de aprender la destreza de comunicar. Fue una forma de reforzar su educación.

Nos dimos cuenta de que sabían escuchar y comprender historias, algunas más difíciles de las que podían leer por su cuenta. Aprendieron a preguntar las palabras, expresiones o frases que no entendían, y nosotros a explicárselas de la mejor manera. No los reprimimos a la hora de cuestionar, criticar o explicar lo que habían leído en ese momento.

También dejamos que su imaginación fluyera en la lectura cuando aportaban palabras de igual significado, con o sin sentido, similares o no. “Perro” o “cachorro” pueden tener el mismo significado en el contexto de la lectura que está teniendo lugar o en su imaginación. Por eso, no nos deteníamos para corregirlos.

Las incoherencias en la lectura de palabras nos hacía preguntarnos si habían entendido la lectura o estaban cansados y no querían seguir leyendo. ¡Cuánta energía tenían! Pero llegaba un momento en que se cansaban. Era ahí cuando había que estar atento y dar por terminada la sesión.

Además dejábamos que su imaginación fluyera y que ellos escogieran sus lecturas. ¡Cuántas veces hemos ido a una librería para que eligieran sus libros! ¡Cuántas veces

*Los libros que asignamos los maestros a nuestros alumnos han de divertir y excitar en su curiosidad, estimular su imaginación y ayudar a desarrollarse intelectual y sentimentalmente.*

les hemos elogiado por su selección, aunque no fuera acertada! Nosotros hemos sido sus primeros maestros de sus lecturas. Los elogios y los apoyos que les hemos demostrado mientras aprendían a leer sirvieron para disfrutar la lectura, para aprender todavía más y para ser críticos y libres de pensamiento.

### Aprender a leer en la escuela

Aquellas primeras experiencias en la familia les han generado un concepto favorable o no de para qué sirve la lectura, de sí mismos en relación con el mundo, de su relación con otros niños y de su aproximación a la escuela. A partir de este momento, el maestro será quien nos ayude a continuar con el mundo de la lectura, además de ser el instructor dentro del sistema pedagógico, con el fin de ayudarles a mejorar esas experiencias anteriores.

Los niños han tenido un contacto favorable con la lectura, pero puede que no hayan tenido esta motivación. Será el maestro, quien con esfuerzo y un adecuado sistema de enseñanza de la misma, lleve a que experimenten el aprendizaje agradable y su interacción con otros tipos de conocimientos.

Todos tendemos a calcular el valor futuro de una actividad a partir de lo que nos ofrece. Y esto también pasa en el niño que vive en el presente y tiene una vaga noción de lo que se le va a exigir o de lo que puede ser. La lectura facili-

ta el enriquecimiento de la propia vida a través de las historias que escucha o lee. Hay que tener cuidado con los libros infantiles superficiales, porque engañan sobre lo que se puede obtener de la experiencia de la literatura. Para ello, los libros que asignamos los maestros a nuestros alumnos han de divertir y excitar en su curiosidad, estimular su imaginación y ayudar a desarrollarse intelectual y sentimentalmente.

Debemos darles la oportunidad de comprenderse a sí mismos para aprender a enfrentarse. Nuestros alumnos necesitan una educación que les transmita las ventajas de una conducta ética mediante lo correcto y con significado.

Por otro lado, conviene tener en cuenta que la lectura depende de su edad, sexo y estadio de desarrollo. Los niños aprenden a leer con seis o siete años, incluso antes. Presionarlos para que lean más temprano es contraproducente, ya que afecta su interés por aprender. Este amor por el aprendizaje no puede forzarse, debe fluir solo.

Ya en la escuela, los niños contactarán con una educación formal de lectura. Existen muchas formas de enseñarles a leer. Leer es una destreza importante que los niños deben adquirir. La lectura en grupo o como juego con los libros es divertido y recomendable.

Hagamos de la lectura, de todo tipo de lectura y en todos los medios, una forma de hacer crecer a los niños, a los adolescentes y a los adultos. No podemos hacer milagros, pero sí intentarlo. De mis hijos, tan solo uno ha continuado con la lectura voraz que aprendió en la infancia. ¡No desesperemos, ni seamos pesimistas!